

UC Berkeley

New Faculty Lecture Series (formerly Morrison Library Inaugural Address)

Title

The Multiple Voices of Latin American Literature

Permalink

<https://escholarship.org/uc/item/7kh5r6xz>

Author

Cornejo-Polar, Antonio

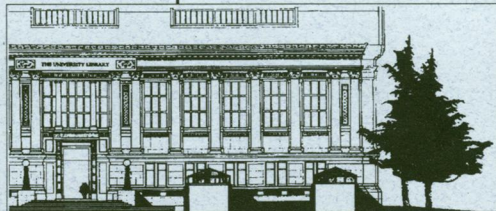
Publication Date

1994

M o r r i s o n
L i b r a r y
I n a u g u r a l
A d d r e s s
S e r i e s

Antonio Cornejo-Polar

The Multiple Voices of Latin American Literature



University of California, Berkeley
1994

Morrison Library Inaugural Address Series
No. I

Editorial Board

Jan Carter

Myrtis Cochran

Carlos R. Delgado, *issue editor*

Chuck Eckman

Ann Gilbert

Phoebe Janes

Jim Spohrer


Text format and design: Mary Scott

© 1994 UC Regents

ISSN: 1079-2732

Published by:

The Doe Library
University of California
Berkeley, CA 94720-6000



*This lecture was made possible thanks to the
generous support of the Class of 1941
World War II Memorial Chair of
Spanish-American Literature*

*We wish to thank the
Center for Latin American Studies
for supporting the publication of this issue.*



PREFACE

The goal of this series is to foster scholarship on campus by providing new faculty members with the opportunity to share their research interest with their colleagues and students. We see the role of an academic library not only as a place where bibliographic materials are acquired, stored, and made accessible to the intellectual community, but also as an institution that is an active participant in the generation of knowledge.

New faculty members represent areas of scholarship the University wishes to develop or further strengthen. They are also among the best minds in their respective fields of specialization. The Morrison Library will provide an environment where the latest research trends and research questions in these areas can be presented and discussed.

Editorial Board

*A*ntonio Cornejo-Polar was born in Arequipa, Perú, in 1936 and received his B.A. and Ph.D. degrees from the Universidad Nacional de San Agustín de Arequipa. He served as a professor there until 1966 when he went to the Universidad Nacional Mayor de San Marcos in Lima, the oldest university in the New World, established in 1554. During his last years there, he served as its Chancellor. He also taught at the University of Pittsburgh. He currently holds the Class of 1941 World War II Memorial Chair of Spanish-American Literature at the University of California at Berkeley.

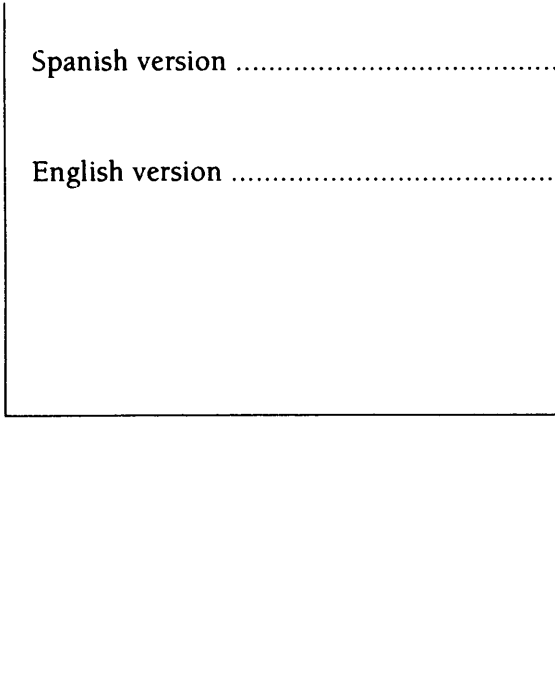
He has published nine books and more than 50 articles as well as numerous collaborative publications and reviews. Profesor Cornejo-Polar founded and continues to edit the *Revista de Crítica Literaria Latinoamericana*.



THE MULTIPLE VOICES OF LATIN AMERICAN LITERATURE

Spanish version 7

English version 17





Queridos amigos:

Lamento que mi inglés sea muy pobre, y que mi inglés oral sea impecablemente incorrecto, como lo comprobarán ustedes de inmediato. Lo lamento por obvias y muchas razones, pero ahora -sobre todo- porque no puedo ser lo suficientemente expresivo para agradecer a la Universidad de Berkeley el haberme honrado con la posición de Class of 1941 World War II Memorial Chair.

Recurriré a un topos de la retórica clásica: los sentimientos intensos se dicen con palabras simples. Gracias, entonces, al Canciller Chang-Lin Tien y a las autoridades de la Universidad, gracias muy sinceras a los generosos miembros de la clase 1941 -en los que reconocemos a los hombres y mujeres que con su coraje preservaron la libertad de todos-, gracias al Center for Latin American Studies y a la Biblioteca y gracias -por supuesto- a los colegas del Departamento de Español y Portugués, en especial a su Chair, el profesor Charles Faulhaber.


Sé bien, eso sí, que estoy asumiendo responsabilidades muy grandes y graves y también sé que no estoy especialmente preparado para enfrentarlas. Mi instalación en los Estados Unidos fue tardía, y mi experiencia fundamental la realicé en universidades peruanas, especialmente la de San Marcos, fundada hace 443 años, que -no tengo para qué decirlo- es harto distinta a las de los Estados Unidos. Sin embargo, el haber pasado más de veinte años enseñando en una

universidad hispanoamericana tal vez me permita ofrecer una visión más intensa y más comprometida de su literatura.

Por lo pronto, no creo que la literatura sea un espacio autónomo, aunque tampoco considero que sea una mera expresión de la realidad histórico-social de la que surge. En verdad lo social está *dentro* del discurso literario y le confiere espesor y -a veces, con frecuencia-dramatismo. Después de todo, aunque la paradoja fue planteada con algo de ingenuidad, no deja de ser inquietante que naciones que no han resuelto sus problemas básicos sean al mismo tiempo creadoras de una cultura popular y una cultura de elite sin duda admirables.

Hoy no tenemos que reivindicar el valor de esta literatura. Recordemos simplemente que Foucault iniciaba una de sus mejores obras, *Les mots et les choses*, con una larga referencia a Borges, que la sombra del mismo Borges -para referirme a un solo autor-sobrevuela las páginas de las novelas de Umberto Eco, y que la estética de la recepción suele encontrar algunos de sus argumentos más sutiles en "Pierre Menard, autor del Quijote", célebre cuento del mismo Borges. Es importante, cambiando ahora de referencia, recordar las palabras de John Barth:

Praise be to the Spanish language and imagination! As Cervantes stands as an exemplar of pre-modernism and a great precursor of much to come, and Jorge Luis Borges as an exemplar of *dernier cri* modernism and at the same time as a bridge between the end of the nineteenth century and the end of the twentieth, so Gabriel García Márquez is in that enviable succession: an exemplary postmodernist and a master of the storyteller's art.



Por supuesto, desde América Latina, todo esto lo tomamos con una cierta ironía porque tal vez demoraron demasiado en “descubrirnos” y lo hicieron cuando el pensamiento postmoderno encontró excitantes las posiciones marginales y subalternas, los bordes y las fronteras, con lo que a veces se corre el riesgo de estetizar, irresponsablemente, la miseria real de un pueblo.

Esta tardanza produce también -de otro lado- que nuestra literatura de más de cinco siglos aparezca generalmente reducida a la de las últimas décadas.

Obviamente me interesa más que celebrar el éxito de nuestros escritores contemporáneos expresar algunas ideas acerca de la índole profunda de la literatura hispanoamericana.


Por lo pronto, si no queremos tergiversar -o peor: mutilar- la condición hispanoamericana, nos es necesario reconocer que son nuestras las literaturas escritas en idiomas europeos, el español y el portugués fundamentalmente, pero también en otros idiomas europeos que son propios de las naciones caribeñas no hispánicas. De la misma manera son nuestras las literaturas orales en esos idiomas y también -y sobre todo- en las lenguas amerindias y las que se fueron recreando desde el mundo africano, trasplantado a América Latina muy temprano por ominosa obra del tráfico de esclavos.

En las historias tradicionales, las literaturas en lenguas nativas suelen considerarse en términos de una lejana prehistoria, presuponiendo que la producción literaria amerindia dejó de producirse con la conquista. Obviamente no es así. La vitalidad actual de estas

literaturas es asombrosa, asombrosa por la complejidad, intensidad y riqueza de sus sistemas semióticos y también -al mismo tiempo- porque representan un acto de resistencia y reivindicación étnica que dura ya cinco siglos.

Pero sucede, además, que estos viejos y renovados discursos son capaces de tejer redes interculturales con buena parte de los otros sectores de la literatura latinoamericana, dialogando con ella -en diálogos a veces polémicos- y enriqueciéndola con un trasfondo secular que sigue presente y actuante. Sin esas antiguas palabras, hubieran sido imposibles las obras de Miguel Ángel Asturias, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez u Octavio Paz (todos Premios Nobel de Literatura), pero también las de José María Arguedas, Juan Rulfo, Augusto Roa Bastos, Carlos Fuentes o Ernesto Cardenal para mencionar sólo ejemplos de primer rango. Roa Bastos decía que escribir es “leer antes un texto no escrito, escuchar y oír antes los sonidos de un discurso oral formulado aún pero presente ya en los [sonidos] armónicos de la memoria”.

En los últimos años, de otro lado, se ha producido la difícil convergencia entre personajes populares que cuentan sus experiencias a algún intelectual para que las transcriba en forma de testimonio, socializando esas experiencias y la conciencia desde la que se vive. En este campo el ejemplo paradigmático sería el de Rigoberta Menchú. Sé bien que la polémica en torno a este género es hoy excepcionalmente dura, pero lo menciono no para intervenir en ella sino para completar una primera idea: la literatura latinoamericana es multilingüe, multiétnica y multicultural, no solamente porque dentro de su espacio actúan varias lenguas,




múltiples conciencias étnicas y diversos valores culturales, sino -muy especialmente- porque su naturaleza profunda es inimaginable sin esos entreverados entrecruzamientos, que son la materia misma con la que está hecha. Literatura de límites fluidos y porosos, agudamente descentrada por la multiplicidad heterogénea de los sistemas que la constituyen, la literatura hispanoamericana es, sin duda, un reto a la reflexión y a la imaginación críticas.

Desde el punto de vista de la historia literaria el problema es todavía más complejo. A la obvia secuencialidad cronológica de los discursos se suma lo que podría llamar la “verticalización” del tiempo. El poeta chileno Enrique Lihn dijo en un verso memorable: “somos contemporáneos de historias diferentes”; y, en efecto, es así. No solamente coexisten en un mismo espacio y en un mismo tiempo discursos que provienen de ritmos históricos diversos, a veces incompatibles; más incisivamente aún, dentro de un mismo texto conviven -y no siempre armónicamente- voces que vienen de esas “historias diferentes”, pero coetáneas, y que bien pueden articular en un solo enunciado conciencias que -cronológicamente percibidas- pueden estar separadas por siglos.

En el Perú, por ejemplo, la novela más audazmente experimental y más puntualmente moderna de las últimas dos o tres décadas es *El zorro de arriba y el zorro de abajo* de José María Arguedas, y en ella la contemporaneidad más precisa, con sus lenguajes y valores, está inextricablemente vinculada con mitos e historias indígenas que se recopilaron en el siglo XVI pero que, sin duda, se hunden en un tiempo harto más lejano.

Tal vez sería bueno evocar en este momento a una figura emblemática: la del Inca Garcilaso de la Vega. Hijo de un noble capitán español y de una *ñusta*, perteneció a la primera generación de mestizos americanos. Vivió en el Cuzco hasta su adolescencia, hablando los idiomas de sus padres y escuchando la narración tanto de la gesta de los conquistadores cuanto las gloriosas historias de un imperio que todavía no podía creer en su derrota, historias que jamás pudo olvidar. Más tarde viaja a España y allí asimila la cultura renacentista (tanto que traduce impecablemente los *Diálogos de Amor* de León Hebreo) y logra producir una de las más finas e intensas prosas del Siglo de Oro hispánico. Solamente entonces se decide a escribir sobre lo que le es más entrañablemente propio: la historia del imperio inca, de su conquista por los españoles y de los primeros años del periodo colonial. Divide su obra en dos libros: los *Comentarios reales*, para la época incaica, y la *Historia del Perú*, para la conquista y colonización.

Decía el maestro José Durand, profesor en esta Universidad hasta el día de su temprana muerte, que leyendo al Inca Garcilaso se descubre rápidamente que en su discurso se mezclan inextricablemente historia y autobiografía. Y no se trata únicamente de que en efecto él fuera testigo de algunos de los acontecimientos que relata, o que escuchara la versión de ellos de labios de quienes participaron directamente en esa historia; se trata, lo que es mucho más importante, de que los *Comentarios* y la *Historia* dan razón -apasionada razón- de la experiencia de un hombre de dos mundos, dos mundos fieramente encontrados por un acto de conquista, y a los que, sin embargo, debe fidelidad porque ambos forman parte de su doble linaje.



Desde esta perspectiva, se pueden leer las obras del Inca Garcilaso como un prolongado, tenaz y sutil esfuerzo por hacer compatibles, e inclusive armónicos, esos dos mundos, recurriendo para ello tanto a los principios de la historiografía providencialista cuanto a los de la filosofía neoplatónica, con su ideal de armonía entre los contrarios, pero es obvio -casi para cualquier lector- que ese esfuerzo concluye en un fracaso, un hermoso fracaso. No hay discurso que pueda suturar heridas tan profundas como las producidas por la destrucción del imperio de los Incas, es decir por la caída -para Garcilaso- del amado mundo materno, aquél que en menos de una generación vio cambiar su poder y esplendor en vasallaje injusto y humillante.

Tal vez porque en la obra de Garcilaso se mezclan los deseos de hacer uno de lo que es vario y distinto con la dura realidad del enfrentamiento global entre dos culturas, es que -sobre todo los *Comentarios*- tuvieron desiguales lecturas: sus ecos se encuentran en numerosas utopías renacentistas europeas, cuyo modelo es en buena medida el idealizado imperio incaico descrito por Garcilaso, pero también se escuchan en el origen de las grandes rebeliones indígenas del siglo XVIII, todas ellas fracasadas, y de las guerras criollas por la independencia, que un siglo después fundan, con su victoria, las repúblicas hispanoamericanas.


El Inca Garcilaso es un personaje trágico (“español en América e indio en España”, como decía el historiador Raúl Porras Barrenechea), víctima de su deseo de una armonía imposible, armonía que construye trabajosamente en cada página para que en la siguiente se destruya con el fuego y la sangre de una conquista que por un lado lo enorgullece, por el heroísmo de su

padre, y por otro lo entristece, por el duro destino de su estirpe materna. Destino trágico, sin duda, pero al mismo tiempo, paradójicamente, cimiento de un discurso que pese a que se instala en la fractura de dos culturas funciona como difícil y enriquecedora intercomunicación de sus grandes códigos de interpretación del mundo mediante un complejo proceso transcultural de resultados siempre imprevisibles.

En cualquier caso, por contradictorio que sea, la figura del Inca Garcilaso promovió una de las grandes utopías hispanoamericanas: la del mestizaje, entendida como cohesión armónica de las muchas culturas que la historia acumuló en su territorio. Es una utopía conciliadora y consoladora que parece hermanar en un solo gran torrente los muchos ríos que coincidieron en esa geografía tanto física como espiritual que llamamos América Latina, y que en algún momento asumió caracteres casi míticos. Aludo al pensamiento de Vasconcelos que desde el contexto de la revolución mexicana anunció el gozoso advenimiento de una “raza cósmica”.

Sin embargo, la desbordante pluralidad de experiencias culturales que tejen la historia hispanoamericana hace suponer que esa utopía, en cuanto afirma la unificación de lo que es diverso, no es precisamente la que mejor da razón de un mundo hecho de muchos mundos y de una historia hecha de muchas historias. Tal vez, entonces, sea necesario imaginar una identidad polimorfa, cambiante, dispuesta a aceptar disidencias y contradicciones.

Estoy pensando en el famoso capítulo de *El reino de este mundo*, de Alejo Carpentier, en el que la ejecución



del líder de la rebelión de los esclavos de Haití es festejada como un triunfo por los colonizadores franceses, que efectivamente han visto la muerte de Mackandal, y con ella el fin de la rebelión, pero también es festejada por sus seguidores que han visto, exactamente en el mismo acto, algo por completo distinto: la metamorfosis del líder en inalcanzable ave y de esta manera reafirman -vía la magia- el triunfo final de su levantamiento.

Y estoy pensando, también, en el doble eje de verosimilitudes que corre a lo largo de *Cien años de soledad*. En esta espléndida novela convergen nociones de realidad que difícilmente pueden articularse en una síntesis que las englobe en una unidad superior. Quienes asumen como algo absolutamente natural que Remedios “la bella” asciende en cuerpo y alma al cielo o que todas las mariposas amarillas rodean los encuentros eróticos de Mauricio Babilonia, no pueden aceptar -más que como maravilla tal vez satánica- el hielo artificial o el imán, e inversamente -claro- quienes creen sin problemas en lo segundo remiten las acciones primeras al ámbito de los milagros increíbles. Tal vez parte de la grandeza de la novela de Gabriel García Márquez consista en que en su discurso ambas versiones del mundo son legítimas y coexisten como opciones existenciales que -en conjunto- ofrecen una intensa experiencia de plenitud.

Quiero decir, en suma, que tal vez más que imaginar una síntesis que convierte en homogéneo lo que en la realidad es incisivamente heteróclito, convenga esforzarse en comprender una cultura dialógica, y en este sentido profundamente democrática, tal como efectivamente sucede en los grandes textos de la

literatura hispanoamericana; imaginarla como un espacio abierto donde lenguas, etnias, culturas e historias diversas se enriquecen mediante ese diálogo múltiple sin perder por ello sus caracteres idiosincráticos. Una cultura, entonces, donde lo uno y lo otro, lo propio y lo ajeno convivan e interactúen productivamente.

José María Arguedas decía que en cualquier país hispanoamericano es posible que “el hombre no engrilletado ni embrutecido por el egoísmo pueda vivir, feliz, todas las patrias”. Es, por cierto, una nueva utopía; al menos, mientras la realidad de la miseria y la injusticia en que viven nuestros pueblos haga imposible que esa relación dialógica sea simétrica e igualitaria y en la que cada quien, en la vida cotidiana, pueda autogestionar su diferencia y definir el modo y las razones de su comunicación con los sujetos colectivos que le rodean y que forman parte de su propia constitución.

En ese caso la hermosa plenitud de la convergencia de “todas las patrias” será no mera imagen y no sólo lenguaje; será historia ejemplar y verdadera. Muchos, en muchas partes del mundo, la seguimos esperando. ■



*D*ear friends:

I must apologize for my poor English, and for the impeccably incorrect pronunciation that you will soon notice. I am apologetic for many obvious reasons. At this moment I mainly regret not being expressive enough to convey my gratitude to the University of California at Berkeley and the Class of 1941 for having honored me with the Class of 1941 World War II Memorial Chair.

I will make use of a topos of classic rhetoric: intense feelings are to be expressed in simple words. Many thanks, then, to Chancellor Chang Lin-Tien and the University authorities, and thanks especially to the generous members of the Class of 1941. We all recognize that due to their courage the world was able to preserve its freedom. Thanks to The Center for Latin American Studies and The Library; and, of course, thanks to my friends from the Department of Spanish and Portuguese, especially to its chairman, professor Charles Faulhaber.


I know well that I am undertaking very large and serious responsibilities, and I also know that I am not especially prepared to face them. My arrival in the United States occurred late in my career, and my basic experience took place in Peruvian universities, mainly at the University of San Marcos. Of course it is quite different from universities in the United States. Nevertheless having spent more than twenty years teaching in a Spanish American university will perhaps allow me to offer a more intense and committed vision of its literature.

To begin with, I do not believe that literature finds itself in an autonomous space, nor do I consider it to be a mere expression of the historic and social reality from which it emerges. In truth, the social reality is found *within* the literary discourse and it adds fullness and often drama to it. Even though the following paradox was proposed in a naive fashion, it continues to be distressing: how is it that nations that have not yet been able to resolve their basic problems are at the same time creators of popular and elite cultures that are really admirable?

Today we do not have to revindicate the value of this literature. Let us just simply recall that Foucault began one of his best works, *Les mots et les choses*, with a long reference to Borges; that Borges's own shadow, just to mention one author, surrounds Umberto Eco's novels, and that the Theory of Reception can find some of its most refined arguments in "Pierre Menard, autor del Quijote," one of Borges's most noted short stories. After all, and now changing references, it is important to remember John Barth's words:

Praise be to the Spanish language and imagination! As Cervantes stands as an exemplar of premodernism and a great precursor of much to come, and Jorge Luis Borges as an exemplar of *dernier cri* modernism and at the same time as a bridge between the end of the nineteenth century and the end of the twentieth, so Gabriel García Márquez is in that enviable succession: an exemplary postmodernist and a master of the storyteller's art.

Of course, in Latin America we take all this as ironic because the rest of the world might have taken too long to "discover" us, and when they finally did, it was when post-modern thought discovered that marginality and subalternity, the borders and the fringes, were very ex-



citing, excitement that at times risks irresponsible esthetizations of a people's poverty.

On the other hand, this tardy discovery also reduces our literature of more than five centuries to the production of the last few decades.

Obviously, rather than merely celebrating the success of our contemporary writers, I am here interested in expressing some ideas about the profound nature of Spanish-American Literature.

Moreover, if we do not want to distort -or worse yet: if we do not want to mutilate the Spanish American condition- it is necessary to embrace as ours not only the literature written in European languages, Spanish and Portuguese basically, but also those from the non-Hispanic Caribbean. Similarly, the oral literatures in those languages are ours but also ours are the oral literatures in Amerindian languages and in the narratives recreated from the African world in their early transplanted to Latin America by the tragic practice of slave trading.


In traditional literary studies, native literatures are usually considered as a long vanished prehistory, under the assumption that Amerindian literary production ceased with the Conquest. This is not the case. The present vitality of these literatures is amazing. Amazing because of the complexity, intensity, and wealth of their semiotic systems, and also because at the same time they represent an act of ethnic resistance and vindication that has lasted for five centuries.

But it so happens that these old and renewed discourses weave intercultural webs with a large part of

other sectors of Latin American literature, establishing dialogs with it -dialogs that are sometimes polemic- and enriching it with an age-old background that continues to be current and dynamic. Without this venerable tradition it would have been impossible to have the works of Miguel Angel Asturias, Pablo Neruda, Gabriel García Márquez, or Octavio Paz (all Nobel Prizes), but also the works of José María Arguedas, Juan Rulfo, Augusto Roa Bastos, Carlos Fuentes or Ernesto Cardenal, to mention just a few of the most notable examples. Roa Bastos says that to write is: “to read a non-written text ahead of time, to listen and hear the sounds of a non-formulated speech ahead of time but already present in the harmonious sounds of the memory.”

In the last few years, there has been a difficult convergence between illiterate persons who tell their experiences to some intellectual who then puts them in the public eye in the form of a testimony, thus offering a public space to voices never heard before. The paradigmatic example in this field is Rigoberta Menchú. I mention it only to illustrate my first idea. Latin American literature is multilingual, multiethnic, and multicultural. Not only because within its own space one finds the interaction of various languages, multiple ethnic consciences, and diverse cultural values; but -especially- because its most profound nature is unimaginable without the presence of these complex intermixtures that constitute the very matter of which it is made. A literature of fluid and permeable boundaries, decentered by the heterogenous multiplicity of the systems that form it, Spanish American literature is really a challenge to critical conceptions and imagination.

From the point of view of literary history, the prob-



lem is still more complex. To the obvious chronological sequentiality of discourses it is necessary to consider what could be called the “verticalization” of time. The Chilean poet Enrique Lihn said in a memorable verse: “We are contemporaries of different histories;” and, in fact, this is so. There are discourses from diverse historical planes, sometimes incompatible discourses, that coexist in a common space and time. More importantly yet, within one and the same text different voices can be heard. Sometimes multiple voices, voices that come from those “different histories” but that are coetaneous, and that at the same time can articulate a common consciousness in one enunciation that chronologically might be perceived as separated by the barrier of the centuries.


In Peru for example, the most boldly experimental and rigorously modern novel of the last two or three decades is *El zorro de arriba y el zorro de abajo* by José María Arguedas. In this work, the most precise contemporariness along with its own values and languages is inextricably linked to indigenous myths and stories that were set down in the sixteenth century but that without a doubt sprang from much older times.

At this point it might be appropriate to invoke an emblematic figure: the Inca Garcilaso de la Vega. The son of a noble Spanish captain and a *ñusta* (Inca princess), he belonged to the first generation of American mestizos. He lived in Cuzco, the imperial city of the Incas, until his adolescence. Speaking the languages of both his parents, he listens to the narration of the conquistadors’ deeds as well as to the glorious stories of an Empire that they could still not believe had been defeated, stories that he is never able to forget.

Later, he travels to Spain, where he assimilates Renaissance culture, and at the same time learns to produce one of the finest and most intense prose styles of the Hispanic Golden Age. Only then does he decide to write about that which touches him most deeply: the history of the Inca Empire, its conquest by the Spaniards, and the first years of the colonial era.

The late José Durand, the unforgettable professor of Berkeley, used to say that upon reading the Inca Garcilaso one could rapidly discern that his discourse mixes history and autobiography. And this observation does not only refer to the fact that he was an eyewitness to some of the events that he narrates; or that he listened to the testimonies of those who participated directly in this history. It deals with something that is more significant: The *Comentarios reales* tell us -passionately- about the experience of a man of two worlds, two worlds that fiercely confront each other by the act of conquest, two worlds to which he, however, owes loyalty because both are part of his double ancestry.

From this perspective, Inca Garcilaso's works can be read as a prolonged, tenacious, and subtle effort to make these worlds compatible or even harmonious; for which he resorted to the principles of providentialist historiography as well as those of Neoplatonic philosophy in his attempt to create harmony between opposites. However, it becomes obvious that this effort ends in failure, a beautiful failure. There is no discourse capable of healing the deep wounds caused by the destruction of the Inca Empire, that for Garcilaso meant the beloved maternal world, a world that in less than one generation he saw change from a position of power and splendor to an unjust and humiliating servitude.



The historian Raúl Porras Barrenechea used to say that the Inca Garcilaso is a tragic character because he is “a Spaniard in America, and an Indian in Spain.” He was a victim of his own desire for an impossible harmony, a harmony that he builds in each page, only to destroy it in the next with the fire and the blood of conquest. A conquest that on one side instills pride in him because of the heroism of his father, and on the other saddens him because of the harsh destiny of his mother’s heritage. It is a tragic destiny, but paradoxically it is also the foundation of a new cultural dynamic. In spite of positioning itself between the fractures of two cultures, this discourse functions also as a difficult and enriching intercommunication between its great codes of interpretation of the world via a complex transcultural process that always results in the unexpected.

In any case, no matter how contradictory he is, the Inca Garcilaso supports one of Hispanic America’s greatest utopias: “mestizaje,” understood as the true cohesion of the many cultures that history accumulated in its territory. It is a conciliatory and comforting utopia that seems to gather into one unique torrent the many rivers that converged in this physical and spiritual geography we call Latin America. This idea at one point reached mythical proportions. I am referring to the thought of José Vasconcelos, who, from the context of the Mexican Revolution joyously announced the arrival of a “cosmic race.”

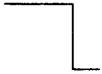
However, the overpowering plurality of cultural experiences that make up the history of Hispanoamerica points to the fact that this utopia, in affirming the unification of what is essentially diverse, is not precisely

the best suited for a world made of many worlds, and a history made of many histories. Perhaps, then, it might become necessary to imagine a polymorphous and changing identity, ready to accept heterodoxies and contradictions.

I am thinking of the famous chapter in Alejo Carpentier's *El reino de este mundo*, when the execution of Mackandal the leader of the slave rebellion in Haiti, is celebrated as a triumph by the French colonizers who have in fact witnessed his death, but it is also celebrated by his followers, who have seen something totally different in exactly the same occurrence: the metamorphosis of the leader into a powerful bird, an act of magic reaffirming the final triumph of their rebellion.

I am thinking as well of the double axis of verisimilitude that runs through *Cien años de soledad*. In this splendid novel there is a conflict of different notions of reality that can hardly be articulated as a synthesis of a superior unity. Those who accept, as something perfectly natural, events such as the ascendance to Heaven in body and soul of Remedios "the beautiful," or that yellow butterflies always surround Mauricio Babilonia's erotic encounters, can only accept as a satanic wonder some modest technological progress. On the other hand, of course, those who believe without doubt in the latter circumstances dismiss the former to the realm of incredible miracles. It may be that the magnificence of Gabriel García Márquez's novel rests upon the fact that in it both versions of the world are legitimate, and that they coexist as existential options that as a whole offer an intense experience of plenitude.

Summing up, I want to say that rather than to imag-



ine a synthesis that makes homogeneous what in reality is notably heterogeneous, it would be better to attempt an understanding of a dialogic culture, a culture that in this sense is profoundly democratic, as in fact is seen in the great texts of Spanish-American literature. It might be better to imagine this culture as an open space where diverse languages, ethnicities, cultures, and histories enrich each other by means of that multiple dialogue without losing their idiosyncratic character. A culture, where identity and alterity, where what is one's own or another's, live together and interact in a productive manner.

José María Arguedas would say that in any Spanish American country, "any man free of chains and free of the vileness caused by egotism can live, happily, as a native of all countries." Of course this is another utopia, and it will be one as long as the reality of misery and injustice in which our peoples live make it impossible for this dialogic relationship to be one of symmetry and equality. A reality where each and everyone in daily life can resolve his or her own differences and can define the manner, the limits, and the reasons for his or her communication with the different social and ethnic groups that surround and form part of their being.

In that case the beautiful fullness stemming from the convergence of "all our nations" will be more than just images or words; it will be a true and exemplary history. Many of us around the world continue to hope. ■

